EXCMO. AYUNTAMIENTO

ALCOY

OBRA DE CONSULTA
EXCLOSA DE PRÉSTEC

NO SE PRESTA

BIOGRAFÍA

DE

MOSEN GREGORIO RIDAURA Y PEREZ

Valencia Abril de 1945

BIOGRAFÍA

DE

M O S E N
GREGORIO
RIDAURA
Y PEREZ

I

Valencia Abril de 1945

Este libro ha sido donado a la Biblioteca del Despacho de Sres. Concejales de este Excmo. Ayuntamiento por

D. Rafael Latorre

siendo recibido y registrado en la misma por

ALBERTO E. GARCIA RODRIGUEZ

Tomo número 278

Fecha de Clasificación

Alcoy 28 de junio de 1975

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ALCOY
ALCALDIA

92
RID
Vit

5351

LA Excelentísima Diputación Provincial de Valencia, siendo Presidente de la misma el Excmo. Señor D. Adolfo Rincón de Arellano, en su sesión del 12 de Marzo de 1945, tomó entre otros, el siguiente acuerdo:

"A iniciativa del Sr. Diputado D. Manuel Vilar Sancho, aceptar la propuesta del Diputado Ponente de Enseñanza, Cultura y Bellas Artes, D. Federico Corbí Cort, de continuar la labor difusora y cultural que fijó esta Corporación como uno de sus primordiales fines, y en su virtud ordenar la impresión de la Biografía de Mosén Gregorio Ridaura y Pérez, del folleto titulado «Biografía de tres Alcoyanos ilustres», de D. José Vilaplana Gisbert, Pbro."

BIOGRAFIA

DE

MOSEN GREGORIO RIDAURA Y PEREZ

NATURAL DE ALCOY Y BENEFICIADO DE LA SEO DE VALENCIA

I

Damos principio a este estudio biográfico de un alcoyano ilustre y distinguido, el del popular Mosén Gregorio Ridaura.

Baste el bosquejar los principales rasgos de este personaje, para sentir interés por él. Era, como solemos decir, todo un tipo. Conservó en toda su pureza y fuerza lo que constituye el carácter particular de hijo de esta noble tierra, embelleciéndolo y agraciándolo con los encantos de la virtud más sólida y más hermosa que puede fantasearse. Fué un alcoyano de abolengo, es decir, un hombre franco, abierto, de buen humor, y a la vez... un santo (en el sentido genérico de la palabra), esto es, un alma rebosando amor de Dios y del prójimo, por cuyo bien estaba dispuesto a sacrificarse a toda hora.

Así, Mosén Gregorio Ridaura se presenta grande, con una grandeza especial, hasta el punto de que su fisonomía moral no puede confundirse con otras. Por ello *Mosén Gregori* es tan popular en Valencia como en Alcoy, y así debía serlo el que jamás se desdeñó en su lenguaje, en sus dichos y carácter de ser un completo alcoyano.

Para entrar de lleno a relatar la biografía de nuestro héroe, copiamos del libro de Bautismos del Archivo de Santa María, de Alcoy, que contiene los años de 1633 a 1660, la partida de *Mosén Gregori*, y la copia-

mos literalmente para que, como por fonógrafo, oigamos el lenguaje que hablaban nuestros abuelos. Dice así:

"*A catorce de Maig de mil siscens cuarantaú: Yo Mosén Ginés Pascual, Vicari, bategí segons lo ritu de la Santa Iglesia á Gregori, Juan, Bonaventura, fill de Juan Ridaura y de Vicenta Perez, Conyuges. Padrins Vicent Aiz, Ciudadá y Angela Perez y de Mira.*"

Este niño es el Venerable Mosén Gregorio Ridaura, que tanta gloria había de dar a Dios; tan esclarecidos ejemplos de edificación dejó a sus contemporáneos y a los venideros, y tantos motivos legó a todos para suspirar por el cielo.

Sus padres Juan y Vicenta, si no eran ricos en bienes materiales, lo eran en virtudes, sin que les faltaran títulos de nobleza, como luego podrá verse.

Fueron muy estimados en el pueblo; y de ellos se lee en memorias contemporáneas que ofrecían todos los días las primicias al Señor, oyendo la misa que a las cuatro de la mañana se celebraba en la iglesia del Convento del Doctor San Agustín. Comulgaban en las festividades de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre, y eran tan caritativos con los pobres que, cuando no tenían qué darles, la madre les llamaba para limpiarles o remendarles la ropa. Muy excelentes cosas dicen los cronistas en alabanza de estos cristianos padres, pero dicen mucho más las virtudes de su esclarecido hijo.

Estudió Gregorio en su patria las primeras letras, hasta la Gramática latina, y ya entonces presentábanle sus maestros a los demás estudiantes como ejemplar de virtud y aplicación, diciendo uno de sus biógrafos: «que en el aula aprendía a traducir y hablar como latino, pero en el templo aprendía a tener oración y a obrar como cristiano.» (1).

La iglesia del Convento de San Agustín, cerca de la cual vivía, era el lugar donde siempre le encontraban, a las horas en que los demás niños se entretenían en pasatiempos de su edad. Era muy inclinado a oír y ayudar misas, admirándose siempre la compostura y devoción cómo ejercía dichos actos.

---

(1) El Doctor Pedro Granel, en la oración fúnebre por el Venerable Ridaura.—Imprenta de García, en Valencia, 1704.

Aun no tenía Gregorio la edad en que regularmente son recibidos los niños a la primera comunión, y presentóse un día al Cura de la Parroquia diciéndole que quería comulgar. Extrañó al párroco que un niño tan pequeño le hiciese por sí solo esta demanda; le examinó y vió que estaba bien dispuesto, mas, para entretenerlo, le puso la dificultad de que no tenía capa. Se fué a casa y, con lágrimas, consiguió que sus padres se la hicieran. Ya puesto de capa y con el debido permiso, después de confesado, presentóse a recibir la comunión antes de los siete años, siendo tal la devoción con que se preparaba a este acto importantísimo de la vida cristiana, y daba gracias después de haber comulgado, que, preguntándole en cierta ocasión una señora si le sabía bien aquel bocado, contestó que no había gustado otro mejor en su vida (1).

Yendo a escuela, se atrevió otro niño que asistía a la misma a proferir algunas palabras poco honestas en su presencia; y quedó tan apesadumbrado el corazón del casto Gregorio que, a pesar de su mansedumbre, acusó al niño ante el maestro. Quiso éste conocer textualmente la gravedad de las palabras que había proferido aquel niño para darle el correspondiente castigo, y precisó a Gregorio a que confidencialmente las repitiera, pero no hubo fuerzas para hacérselas pronunciar. Semejante al armiño, que consiente antes ser cogido que manchar su cándida piel, así hubiera consentido Gregorio cualquier castigo antes que inficionar, con la repetición de aquellas malas palabras, su casta lengua.

A los catorce años fué acompañado por su padre a Valencia, y matriculado en Filosofía en la Universidad; ya entonces decían algunos de sus compañeros que en Ridaura tenían un condiscípulo que les estimulaba al estudio y un maestro que les contenía con su ejemplo (2).

Después de haber llegado a la capital, de lo primero que se ocupó fué de la elección de confesor, y gozando entonces de gran fama en la dirección de las almas el Venerable Padre Domingo Sarrió, de la Congregación

(1) El Doctor Miguel Sánches en el sermón de Exequias del Venerable Mosén Gregorio Ridaura.—En Valencia, imprenta de J. Bordazar, 1704.

(2) En el mismo sermón.

de S. Felipe Neri, eligió el joven Ridaura a este santo varón para que dirigiese su espíritu. El concepto que el Padre Sarrió formó de este su espiritual hijo, no tardó en manifestarlo a otro Venerable Sacerdote, diciéndole «algún día se sabrá quién es Ridaura» (1).

Entró en el colegio del Patriarca en clase de familiar (2), y en aquel templo, en donde tan solemne culto se tributa al Adorable Sacramento del Altar, acrecentó el fervor y la devoción que en su patria y al lado de sus padres había recibido hacia tan Augusto Sacramento. Allí, como abeja solícita que va y viene muchas veces a visitar su panal, así el joven familiar, cuando vacaba de sus ocupaciones, iba, solícito, a visitar al Santísimo Sacramento.

Algunas veces salía de la Real presencia con el rostro mudado y como fuera de sí, lo que daba lugar a que los colegiales y superiores, en sentido místico, se chanceasen con él (3).

Concluída la carrera de Teología y, careciendo de título para ordenarse, continuó en el Colegio de Corpus Christi, esperando que hubiera oposiciones o que el Prelado dispusiera de él. Pero no satisfaciendo a su familia esta dilación, por medio de un hermano suyo, Religioso de la Orden de San Agustín, aprovecharon el parentesco que tenían con don Marco Antonio Sisternes, auditor de la Real Audiencia de Valencia; y del M. I. señor don Melchor Sisternes, Regente del Consejo Supremo, para que le recomendasen al Prelado (4).

Estos recabaron una carta de recomendación del

---

(1) El P. Domingo Sarrió. Apuntes sobre la vida del Venerable Mosén Gregorio Ridaura.

(2) En 1661, se fijaron edictos para tres colegiaturas de beca, para las que hubo 16 opositores, entre ellos Gregorio Ridaura y Pérez de Alcoy. No fué Ridaura de los agraciados, pero teniendo los Superiores del Colegio buenos antecedentes de su virtud y aplicación, le ofrecieron, después de las elecciones de colegiales, la plaza de fámulo, la que aceptó con más alegría que la beca, por ser este cargo más conforme con su humilde carácter.—Notas del Dr. Isidro Planes, presbítero, colegial contemporáneo a Gregorio Ridaura, tomadas del archivo del colegio del Patriarca.

(3) Pavordo Doctor Esteban Dols en la oración fúnebre por el Venerable Mosén Gregorio Ridaura. Impresa por Diego Vera. Valencia, 1705.

(4) D. Marco Antonio Sisternes y Torregrosa, Caballero del hábito de Montesa y de S. Jorge de Alfama, fué hijo de esta

excelentísimo señor don Cristóbal Crispi de Valdaura, Vice-Canciller del Supremo, quien entonces ejercía grande influencia en la Monarquía, para el ilustrísimo señor Arzobispo de esta Diócesis doctor Fray Juan de Rocaberti, recomendándole a Gregorio Ridaura para que lo tuviese presente en la primera prebenda que vacase. Esta recomendación, unida al general concepto que se tenía de la extraordinaria virtud del joven Ridaura, y ser al mismo tiempo muy aventajado moralista, hubiera dado el resultado que su familia deseaba (1). Pero leyó Gregorio la carta y volviéndola a cerrar, la remitió a su hermano dándole las gracias, y diciéndole: Que no se fatigase por buscarle recomendaciones, pues Dios ya tenía determinado el empleo en que había de vivir; y que al fin, con un beneficio de familia tenía bastante.

Cuando personalmente le vió su hermano, quejóse de que no hubiera dado curso a la recomendación del Canciller, y por contestación le dijo: *"Estic content y alegre, perque soc com un teuladí davall la teula que el Arquibisme pot ficar la ma y agarrarlo cuan vullga."*

Vacó, por fin, en la catedral uno de los Beneficios o Capellanías, fundación de los ilustrísimos señores de Covarrubias, y fué ordenado a título de este Beneficio de sangre (2).

Todo en el joven Ridaura edificaba y hacía augurar cosas notables en el desenvolvimiento de su vida. Era humilde y huía de todo honor y distinción; sencillo en

---

Villa y primo hermano del abuelo de nuestro Ridaura. El esclarecido talento que le distinguió, como su probada virtud, le merecieron la privanza del Rey, quien le distinguió con muchos y honoríficos cargos, entre ellos el de Auditor de la Real Audiencia de Valencia. Fué padre del noble e ilustre D. Melchor Sisternes, Regente del Consejo Supremo.

(1) En los años que permaneció Ridaura sin ordenarse después de concluída la carrera, asistía a las conferencias de Teología Moral en la Congregación de San Felipe Neri, y varias veces dijo el Padre Prepósito del Oratorio, que las presidía: «Buenos estudiantes tiene la Academia y hay en el Arzobispado, pero mejores que Ridaura, ninguno.»—Domingo Sarrió: Apuntes sobre la vida del Venerable Ridaura.

(2) En el árbol genealógico que Mosén Gregorio Ridaura acompañaba a la solicitud por la obtención del Beneficio de los ilustrísimos señores de Covarrubia, aparecía entroncado con este linaje y con derecho a él, según la cláusula de fundación y como a tal, obtuvo la posesión canónica.

Del Archivo Beneficial de la Curia, en el Palacio Arzobispal.

las formas, insinuábase con naturalidad y gracia, hablando, salvo raras excepciones, el dialecto del país, pero siempre con la intención de alejar a las almas del pecado y atraerlas al amor de Nuestro Señor Jesucristo, en el que estaba abrazado.

El principal estudio de Mosén Gregorio Ridaura en todas las circunstancias y épocas de su vida, fué alejarse de toda culpa y resistir a la concupiscencia por medio de la mortificación, humildad, paciencia, pobreza y otras virtudes.

Vencida esta primera trinchera, robusteció y fortaleció su alma con el ejercicio del celo y de la caridad con los pecadores, con los enfermos, con los pobres, con las Almas del Purgatorio y con todos los que de cualquier manera sufrían.

Rica ya su alma con estos bienes y frutos de la gracia, suspiró más vivamente por el Sumo bien, le buscó hasta hallarle, y unido ya a él, gozóse en su posesión y su amor por la contemplación y trato íntimo.

Estos tres estados, por los que el alma vuela en busca de su amado, como el sediento siervo busca las fuentes cristalinas, las corrió nuestro Ridaura sin manifestar desfallecimiento ni cansancio en ningún período de su vida.

Con poco más de lo expuesto, bastaría para colocar a Mosén Gregorio Ridaura entre los sacerdotes que más honraron a esta diócesis con una vida ejemplar y santa en todo género de virtudes. Empero, por ser éstas muchas y de muy pocos conocidas, pues solamente la tradición recuerda algunas y otras de una manera difusa, se hallan esparcidas en los escasos ejemplares que quedan de los sermones de honras fúnebres, predicados en las exequias de este Venerable, nos consideramos en el deber de consignar algunas de dichas virtudes para edificación de todos, y en particular, de sus compatricios.

II

En cuanto a alejarse de toda culpa, fué ingeniosamente severo consigo mismo, consignando el Venerable Padre Sarrió en los apuntes que dejó sobre la vida de Gregorio Ridaura; y testificó luego el confesor que

le sobrevivió y continuó dirigiéndole veinte años: «Que el sacerdote Mosén Gregorio Ridaura se conservó toda su vida sin culpa, actual grave; y de las leves se guardó tanto, que en los 20 años últimos de su vida que le había dirigido, no le presentó culpa venial cierta para materia de la confesión, por lo que le hacía presentar materia venial cierta de la vida pasada.» (1).

Y no obstante esta limpieza de concienza, sentía tan bajamente de sí mismo, que se reputaba por el mayor de los pecadores, y de tal manera se confundía al verse elevado a la dignidad de Sacerdote, que, escribiendo a su hermano, le decía: «Conozco tan claramente mi indignidad, que si hubiera de tomar ahora estado, me contentaría con ser un pobre donado o un humilde pastor»; y estas manifestaciones de humildad y de pobreza de espíritu eran tan espontáneas y naturales en Ridaura, que se le escapaban en sus palabras y en todos sus actos.

Preguntóle en cierta ocasión otro Beneficiado cuántos años tenía, y contestó: *"Poquets, porque el mals*

---

(1) Para no alargar más esta biografía con la repetición de los nombres de donde hemos sacado el hecho o dicho antes citado: Aseguramos que cuantos hechos, dichos o referencias hagamos sobre la vida de Mosén Gregorio Ridaura, los hemos tomado con exactitud de los autores o lugares siguientes:

Apuntes sobre la vida del Venerable Ridaura, por el Padre Domingo Sarrió, presbítero de la Congregación de San Felipe Neri de Valencia.

Sermón de exequias del Venerable Mosén Gregorio Ridaura, predicado en la Catedral por el Dr. Miguel Sánchez, Beneficiado de la misma y de la Congregación del Oratorio: Impreso con licencia del Ordinario en 1804.

Oración fúnebre por el Venerable Padre Mosén Gregorio Ridaura, predicada en la Parroquia del Salvador por el Dr. D. Pedro Granel, cura de San Martín, impreso con licencia del Ordinario, 1704.

Oración fúnebre en las honras del Venerable Padre Mosén Gregorio Ridaura, presbítero, Beneficiado de la Metropolitana, celebradas en la Casa Profesa de la Compañía de Jesús, a devoción de la Venerable Congregación de Sacerdotes: Por el Pavordo Dr. D. Esteban Dolz, catedrático de la Universidad. Con licencia del Ordinario, 1705.

Sermón de honra del Venerable Padre Mosén Gregorio Ridaura, predicado en la Seo por el Dr. D. José de Cardona, Pbro. Beneficiado.

Notas del Archivo del Colegio del Beato Patriarca. Del Archivo Beneficial.

De referencias a Mosén Gregorio Ridaura, de varios cronistas contemporáneos y de otros escritos sueltos, merecedores de crédito.

ALCOY - ALCALDIA

empleats, no es conten." Y una señora de mucha distinción le dijo: Padre, pues que es Santo, encomiéndeme a Dios. Y él, sonriendo, apretó el paso, diciendo a su compañero: "*Si a la palla de la albarda se li acosta lo foc de la vanitat, pobre del burro.*"

Hablaban ciertas personas respetables sobre las bulas de un obispo, que se estaban esperando, a cuyo tiempo pasaba por allí Mosén Ridaura. y dijo uno de ellos: En la cabeza de ese sacerdote que pasa, sí que estaría bien empleada la mitra. El lo oyó, y apretando el paso, decía a su compañero: "*Deu mos lliure del foc dels aplausos y les honres.*"

Este miedo le hacía huír de cuantos le podían alabar, visitando las iglesias y los cementerios de noche y siempre por calles escusadas. Para ir al convento de Capuchinos (extramuros), en donde tuvo veinte años el confesor, nunca fué con derechura, sino rodando por callizos, y decia: "*Bo es amagarse para no tropesar, y para que no li aguen a ú el niu.*"

Le reconocían todos por muy virtuoso, pero en la humildad sobresalía.

Considerábase inferior a todos; hablaba de usted hasta a los niños; nunca permitiendo que le sirviera nadie.

Creía sin dificultad cualquier cosa buena de los prójimos; mas si contaban en su presencia faltas de alguno, no pudiéndolas disculpar, las excusaba en lo posible, distrayendo la conversación con alguna anécdota o chiste oportuno.

Rara vez reprendía a nadie, o porque tenía a los otros por buenos, o porque se tenía así por más malo.

Después de haberse celebrado la fiesta del Santo Cáliz en la Catedral, preguntóle otro Beneficiado: ¿Qué dice Mosén Gregorio de este Santo recuerdo de la Pasión? Y respondió: *Que en esta tragedia de la Pasió del Señor, yo fas el paper de Judes.*

Preguntado por algunos eclesiásticos reunidos qué aprecio hacía de la virtud de la humildad, resueltamente dijo: "*Si a la hora de la mort me encontrara sense eixa virtud, recibiscas ante de que en done per condenat.*" Cuyo inesperado concepto dejó a todos edificados y sin palabra.

Era conocida la instrucción de Mosén Ridaura de

muchos, pues estudió, con aplicación y provecho, Filosofía, Teología escolástica y moral, y así lo probó en las dos oposiciones que por obedecer hizo a curatos siendo ya beneficiado, en las que fué aprobado a satisfacción de los examinadores.

También le comunicó el Señor gran luz para discernir los espíritus, y lo dió a conocer en la dirección de muchas almas, y esto, no obstante, estaba firmemente persuadido de que era irregular *ex defectu cientiœ*, siendo menester acudir a la obediencia para que continuase diciendo misa y desempeñase otros cargos de su ministerio.

Y tales eran los deseos de que la virtud de la humildad echase hondas raíces en su alma, que cuando sabía que habían de vaciar las sepulturas de alguna iglesia, no faltaba allí, y tomando en sus manos las calaveras, las acercaba a su cara, y después de algún rato de meditación, solía decir: *"No es posible que dexasen de ser molt humils los homens, si alguna volta miraren y tocaren estos osos."*

La convicción humilde de su bajeza y de su nada, le obligaba a mortificar su carne y sus sentidos, asegurando los que de cerca le trataron, que un cartujo o trapense no hubiera podido macerar más su carne ni reprimir sus sentidos; esto además de las dos quebraduras y otros accidentes que padecía que, según dictamen de los facultativos, bastaban por sí para aplastar la naturaleza más robusta.

Treinta años vivió en el estado de Sacerdote y de Beneficiado de la Seo, y en ellos no cambió de habitación, ni de muebles, ni de orden en la hora de levantarse, que en todas las estaciones era a las cuatro de la mañana, ni tampoco en los demás actos de su oficio o devoción.

Muchas veces solia decir: *"Así com la terra, per de bona calitat que siga si no la cultiven y la treballen produix erbes inutils o dañoses y may donará bons fruts, aixi també es menester mortificar les pasións y la terra que les produix para que no done fruits de pecats;"* y esta doctrina que daba a los otros, la aplicaba severamente a su cuerpo y a sus sentidos.

La aplicaba a su cuerpo, negándole todas las comodidades y castigándole con austeridades tan rigu-

rosas, que muchas veces tuvieron que intervenir el confesor y el médico para que las moderase. Los zapatos los llevaba siempre llenos de piedrecitas. Su cama se componía de tres tablas y un colchoncito tan grueso como éstas, no habiéndo sabido nunca los de casa, las horas en que descansaba, pues que a todas las de la noche se le oía; y a las cuatro de la mañana siempre estaba en pie. De esto dan también testimonio los colegiales del Patriarca, contemporáneos suyos, diciendo que en Ridaura tenían un despertador infalible a la hora que querían de la noche.

Mortificaba la vista absteniéndose de fiestas y diversiones, las más lícitas, no habiendo podido la curiosidad hacerle asomar una sola vez, en los treinta años que habitó un entresuelo con ventanas a la plaza de la Virgen, por donde pasaban todos los festejos religiosos o civiles.

Fué siempre parco en la comida, tomando lo preciso para vivir; y como testificaron sus hermanos y otros, nunca le vieron probar principio ni postres, comiendo sólo del primer plato. Era exactísimo en guardar los ayunos de la Iglesia y otros muchos que añadía su devoción.

Jamás admitió refrescos, ni probó licores ni los obsequios que por educación vióse obligado a admitir en su casa; los que al momento dividía en tantas partes cuantos eran los enfermos o pobres que tenía que visitar aquel día.

El mismo rigor aplicaba al sentido del oído como del olfato; no recreándose nunca en escuchar música, sino por devoción en el templo, ni en saber nada de otras novedades que las que se relacionaban con la gloria de Dios, o en los casos en que podía evitar algún pecado, o componer alguna desavenencia. En cuanto al olfato, prefería las visitas de aquellos enfermos que por su dolencia o por la falta de curiosidad, se hacía más repugnante o intolerable la estancia en sus habitaciones. Todas las noches visitaba alguno de los cementerios de las Parroquias y permanecía una o más horas orando a la intemperie, lo mismo en verano que en invierno, y aun lloviendo, colocándose siempre sobre las sepulturas de los últimos enterrados, para más mortificar el olfato.

Y este propósito de mortificar sus gustos lo manifestó y practicó desde muy joven, pues es tradición que siendo estudiante, vino para estarse con sus padres en tiempo de vacaciones, y al llegar a la vista de Alcoy, oír el vuelo de las campanas que anunciaban la festividad próxima, sintió que su corazón se alegraba mucho; y para privarse de la alegría que en aquel momento experimentaba dentro de su alma con la vista de su patria, como con los consuelos de ver a sus padres, familia y amigos, reflexionó un momento, y volviendo las espaldas, regresó a Valencia sin entrar en Aloy.

No fué menos rígido en la pobreza, negándose a recibir muchos donativos que para limosnas le ofrecían personas acaudaladas, a las que decía: *"No vull donar a Deu mes conte, que de lo que en guañe."* Tampoco admitió obsequios aunque fuesen de objetos piadosos, diciendo que en el *Crucifixi, en el rosari y en el breviari, tenía prou.*

Le regaló una señora un lignum crucis, con un relicario de plata y no quiso recibirlo, hasta que extrayendo la reliquia la colocaron sobre pasta de Agnus; y decía que, para la veneración, no hacía falta la plata, pues a toda riqueza excedía la virtud de la cruz.

La dueña del entresuelo en que vivió treinta años, se lo dejó vitalicio en su testamento y cuando lo supo le dijo que si no revocaba aquella cláusula, se marchaba en seguida de casa, pues no quería que sus herederos le tuviesen por fuerza si llegaran a disgustarse de tenerle por inquilino.

La misma resolución tomó con otra señora que le había dejado en su testamento una casa y no paró de importunarla hasta que supo que estaba anulado el legado.

Mortificóse también en el vestido; sólo el exterior o talar, aunque basto, era limpio y decente, mas el interior iba lleno de remiendos de diferentes colores, diciendo los que le vieron después de su muerte, que era difícil poder asegurar la materia y el color de la primera tela que fué hecho, sospechando que sería del paño que vistió en el colegio; y como él mismo era

quien se remendaba, nunca reparó en el color del hilo, ni en el de los remiendos.

Cuando se retiraba sin un maravedí en la faldiquera, cosa que ocurría con frecuencia, solía decir: *Cuan menchs dinés, menchs enemichs.*" Y aún repetía con más frecuencia y oportunidad: "*Grasies a Deu que estich redó.*" Esta metáfora, que suele usarse cuando después de ajustadas las cuentas resulta saldado todo por ambas partes, no sólo lo aplicaba el Venrable Ridaura cuando todo lo que Dios le había dado quedaba gastado en su precisa subsistencia y en la de los pobres, sino también, como testificaron sus confesores, era tal la santa indiferencia con que miraba las cosas de este mundo, que no le vieron nunca inclinarse a uno más que a otro; siendo efectivamente comparable a una esfera que tocando un solo punto de la tierra, todo lo demás lo tenía reservado para el cielo; y esta elevación de espíritu, la expresaba con la naturalidad que le era propia, diciendo: "*Grasies a Deu que estich redó*", como si dijera, gracias a Dios que ni toco ni tomo de la tierra más que lo absolutamente preciso. Y, sin embargo, de esta santidad, que ni en la adolescencia, ni en la pubertad, ni durante la carrera universitaria, ni de Beneficiado en el estado sacerdotal, habría sufrido el más parcial eclipse, ¡qué precauciones empleaba para conservar limpia su alma!

No le parecía bastante el tener su cuerpo rodeado de espinas, como el Lirio misterioso de los Cantares, o como el erizo, hecho una bola cubierta de púas para defenderse de las acometidas del león rugiente, sino que apelaba a recursos que nuestra debilidad debe recordar en ocasiones próximas al peligro.

Cuentan los panegiristas del Venerable Ridaura, que en una de aquellas noches en que como la Esposa de los Cantares, salía con su linternilla a dar vueltas por la ciudad para impedir algún pecado, o abriéndole paso las murallas facilitábanle el salir por los caminos a distancia de algunas leguas en busca de desgraciados o enfermos, cogióle en despoblado una tempestad de agua y nieve que le obligó a retirarse a una venta. Allí no pudo menos que oír y ver ciertas acciones y palabras libres que profería una moza, no faltando bastantes que la aplaudían. ¿Qué hará el siervo de Dios

en esta ocasión? Era casi media noche, continuaba lloviendo, su salud era delicada; sin embargo, pidió al momento que le abriesen la puerta de la venta y salió aprisa de ella, eligiendo el helarse antes que exponerse a la menor chispa del impuro fuego.

Con esta vida austera y santa en casa, en la calle, en el coro, en compañía o solo, había atraído hacia su persona cierta veneración, como si todos vieran en él una cosa que él sólo no veía; sucediéndole, según dicen sus biógrafos, lo que a Moisés cuando bajó del monte Sinaí, que a él solo se le ocultaban los resplandores que salían de su cabeza.

De ahí resultaba aquella grande veneración hacia la persona de Mosén Gregorio, no solamente las gentes del pueblo que le esperaban continuamente a la puerta de su casa, en la Seo, o le seguían por las calles y por todas partes para que fuese a ver un enfermo, a componer una desavenencia, a decir los Evangelios o bendecir un niño, y por más esfuerzos que hacía diciendo a unos: *"Han equivocat el capellá,,* o *"a bon sant se encomanen"*; tenía por fin que acceder, viéndose por ello obligado a ir por calles extraviadas donde no fuese conocido de las gentes.

Pero lo que debe llamar la atención son dos tendencias opuestas que se encontraban luchando en el corazón del Venerable Ridaura; una de estas era la veneración hacia la persona de este humilde sacerdote, en las más elevadas clases sociales, desde el Arzobispo hasta el Virrey, y la otra era el desprendimiento y adversión con que el mismo sacerdote rechazaba todo lo que sabía a honor y elevación.

Del Arzobispo de esta Diócesis, D. Fr. Juan de Rocaberti, dice el Pavorde Dolz, que varias veces le había llamado, diciéndole que eligiese la habitación que más le acomodase del palacio, pues quería que viviese allí y tenerle cerca para tratar con él asuntos de gobierno de la Diócesis: y cuentan que fueron tan peregrinas las razones y excusas que alegó para evadirse, que al fin tuvo su Iltma. que ceder, y reconviniéndole luego el Secretario de su Iltma. con otros familiares, por no haber accedido a lo que el Arzobispo le proponía, les contestó con las manos puestas en la cabeza: *"Jesús, Jesús; diu que consultar en mí coses de go-*

bern; tan sap este capellá de gobern com de arreglar la roba dels chagáns."

En otra ocasión se empeñó el Gobernador Eclesiástico en que el padre Ridaura había de ser su confesor, pero él se sentía tan bajamente de sí mismo, que se excusó pretestando incapacidad para dirigir personas de tal categoría; y diciéndole este señor al despedirse: «Padre Ridaura, mortifíquese más»; le contestó: ¿Y *encara vol S. S. que es mortifique mes un capellá que para sopar ha de anar a vespres?*

No hay duda que con esta contestación ocultaba el Venerable Ridaura su humildad y mortificación, pues tanto la pobreza como la asistencia al coro, eran dos cosas a cuál más queridas de su corazón, pero que ahora las presentaba como evasiva para salir del paso.

En cuanto a recibir cartas o visitas pidiéndole sus oraciones o la intervención en graves asuntos, habría materia para alargar demasiado esta biografía.

La habitación del Venerable Ridaura, que además de pequeña no tenía más muebles que una mesita y algunas sillas con asiento de esparto, era muchas veces visitada por los primeros títulos y dignidades.

El Excmo. Sr. Conde de Altamira, Virrey entonces del reino, le envió varios recados de atención suplicándole una visita y manifestándole cierto asunto que debía indicar a la Condesa. Cuando ya no pudo excusarse, hizo la visita a hora que nadie advirtiese aquella honra, y del resultado de esta entrevista dijo el Virrey a un confidente suyo: "A ese buen sacerdote debo yó la paz y tranquilidad de mi casa."

En tres diferentes ocasiones le escribió la Excelentísima Sra. Duquesa de Alcalá, convidándole con la más esmerada distinción para que fuese a Madrid y estuviese en su palacio, a lo que resistió varonilmente; y diciéndole el Virrey, Conde de Altamira, por cuyo medio eran entregadas las cartas: «Vamos, Padre Ridaura, dé usted gusto a esta señora que puede mucho; y al fin, si no le prueba o no le gusta Madrid, se vuelve y nada pierde.» Al oir Madrid, como asustado se dirigió a la puerta diciendo: "*Jesús, Jesús. ¡Yo a Madrid!, es masa gran gabia para tan chic pardal.*" El gentilhombre enviado por la Duquesa para gestionar este asunto, después de haber presenciado alguna entrevista,

dijo al Virrey: "Ahora conozco que este sacerdote es un Santo."

Casó el padre de Mosén Gregorio en segundas nupcias, y aprovechándose un individuo de la familia de las buenas relaciones que existían entre el hijo y la madre política, escribió a ésta para que obligase a Mosén Gregorio a visitar al señor Conde N., que lo deseaba mucho; y también a la pobre enferma N., de la calle N. Transcurrido algún tiempo, escribieron a su madre política diciendo que su hijo político no había ido por casa del Conde. Quejósele ésta, y en contestación le dijo: "He hecho tres visitas a la pobre N., su recomendada, y le he llevado algunos regalillos; al señor Conde no le faltan reverencias del cabildo catedral y de las comunidades religiosas."

Varias veces le obligaron a que fuese padrino en algún bautizo y siempre se negó; pero hubo una ocasión en que se empeñó el Vicario General para que tuviese en la pila al primogénito del Virrey, Conde de Altamira, y también se negó; y cuando no tuvo más razones que alegar dijo al Vicario General: "*Yo tinc baig lo bras tots els meus trastos* (tenía el breviario), *si V. S. me obliga, men aniré y no en vorán més.*" Después de recordar estos hechos no se sabe que admirar más, si la firmeza del carácter del Padre Ridaura en mantenerse ajeno a todo honor y distinción, o la veneración en todos los grados y jerarquías sociales hacia un pobre sacerdote que se confundía y se reputaba por nada. Aquí vióse cumplida en toda su exactitud la promesa de Nuestro Señor Jesucristo de elevar al que se humillare: *Qui se humiliat exaltabitur.*

III

Vencidas estas primeras trincheras de la vanidad, con el desprendimiento de los honores, de las riquezas del amor propio y con la mortificación de todas las concupiscencias, dió el Venerable Ridaura amplia expansión a su corazón con el ejercicio del celo por la salvación de las almas, como por la práctica de la caridad, de la misericordia y de la piedad.

En su pecho, como de elevada atalaya, a la vez que descubría las necesidades, encontraban cabida todos los que de cualquier manera sufrían: los pecadores, los enfermos, los pobres, las almas del purgatorio.

Supo que cierta persona de autoridad tenía tratado entrar en una casa a alta hora de la noche con un fin torpe; era la noche tempestuosa, y tomando Mosén Ridaura su linternilla, la pasó hasta el amanecer rondando por delante de la puerta de la criminal casa; cinco veces confesó aquel hombre que había intentado entrar, y no se atrevió porque siempre vió al Padre Ridaura con su linterna enfrente de la casa. Al fin cayó en la cuenta de que Dios se valía de este buen sacerdote para hacerle conocer la culpabilidad de aquellas relaciones, de las que se separó, confesando su pecado.

Con esta linternilla salía la mayor parte de las noches ganando para Dios muchas almas. Entre otras, cuentan la de un obstinado moro, que siendo ya de edad, jamás le habían podido inducir a que se convirtiese. Una noche salió el Padre Ridaura con su linternilla encendida, pero escondida bajo el manteo; encontró al moro y trabó con él amigable conversación, y al despedirse le tomó la mano y por debajo del manteo la metió sobre la luz de la linterna; al quemarse el moro dió un grito y le dijo entonces el Venerable Ridaura: "de parte de Dios le aseguro que así se quemará eternamente en el infierno, si no abjura los errores de su falsa secta, y se convierte de veras a la verdadera religión." Quedó el moro fuera de sí, y desde aquel momento pensó seriamente en su conversión, la que logró por la misericordia de Dios, y no se cansaba de decir, que la debía a la eficacia de los argumentos del Venerable Ridaura.

Admirábanse en él, el don de una penetración o intuición sobrenatural, por la que conocía los secretos de los corazones y presentía acontecimientos futuros, que los buscaba y daba con ellos, exponiendo a veces por encontrarlos su propia vida.

Entre varios de los acontecimientos de esta índole que apuntan sus panegiristas, extractamos los siguientes:

Había resuelto cierto hombre matar a otro, y la ejecución de este crimen no la había revelado a nadie;

mas al anochecer del día destinado, dos horas antes de cometerle, procuró el Padre Ridaura encontrarse con el matador, entabló conversación con él, y le pidió que le acompañase a una casa. Dando revueltas por las calles, pasaron por una iglesia en donde estaban predicando; le rogó que entrase, y luego que esperase un momento a que concluyese el sermón; mientras tanto, el Venerable enviaba al cielo sus oraciones por este pecador, y fueron tan eficaces, que al salir de la iglesia declaró el mismo al Padre Ridaura sus criminales intentos; no sólo desistiendo de ellos, sino prometiendo ser el bienhechor de su contrario.

Las murallas y puertas de la ciudad, no eran impedimento para que el Padre Ridaura saliera de noche en busca de un pecador o de una grave necesidad, a algunas leguas de distancia de la capital.

Muchas veces le habían visto caminar por lodazales intransitables, pero elevado de la tierra tres o cuatro palmos.

Andando por estas sendas extraviadas, se encontró cierta noche con un hombre montado en un caballo, que llevaba en la grupa una mujer; y aunque al parecer marchaban en armonía, era el fin de aquel hombre (como luego lo declaró) alevoso. Presentándose repentinamente el Padre Ridaura ante el caballo, se detuvo, y rogó al hombre que se apease, a lo que resistía, pero al fin accedió; y entonces, con aquella autoridad y eficacia que sabe y puede dar Dios a quien quiere, y cuando conviene, le mandó que continuase su camino y que dejase allí la mujer, la que llevó Mosén Gregorio a lugar donde la aseguró de todo riesgo.

Otra de estas noches, a cuatro leguas de la capital, encontró a un hombre recostado en el tronco de un árbol; trabó conversación con él, y a las pocas palabras pudo averiguar que, desesperado por desgracias, enemistades y pensamientos melancólicos, había abandonado a su mujer y familia con resolución de no volverlos a ver más. El Padre Ridaura, con palabras suaves, desvaneció aquel nublado que aterraba su corazón, y haciéndole conocer lo errado de su dictamen, le obligó a volver a su casa, a la que le acompañó él mismo.

Testigos probados aseguraron que una noche viéronle

en Onteniente estorbando que matasen a un hombre; y este mismo fué a la Seo a darle gracias; pero él, huyendo del hombre, decía: "*A mí, no; a mí, no.*"

Un Beneficiado de la Catedral aseguró que le había visto en el monasterio de Monserrat, y, otro, en San Miguel de Liria; y esto sucedía con la notable circunstancia, que por la mañana era de los primeros que entraban en la Seo, sin que le apuntasen jamás falta alguna por la no asistencia al coro.

En un pueblo distante algunas jornadas de la capital, tiraron un tiro de escopeta a un caballero, de cuyo hecho tenía solamente noticia el agresor y el agredido, y sin perder correo escribió el Padre Ridaura al Cura del pueblo diciéndole: que con el mayor sigilo llamase a D. N. y le dijese que agradeciera a las oraciones de los que le querían bien, el que no le hubiera acertado la bala tal día y el no encontrarse ahora en la eternidad. Pasmóse aquel hombre de que se le hablase con tanta exactitud de un hecho que nadie podía saberlo, sino el Padre Ridaura, por los medios que él sabía muchas cosas. Y la advertencia no fué en vano, pues dejó el hombre sus expuestos tratos y mudó de vida.

Casos de este género citan sus biógrafos bastantes, los que reducimos para no excedernos de los límites de la tesis propuesta.

Mas no sólo su celo se empleaba en convertir y salvar a los pecadores, sino también con amorosa solicitud atendía a los justos para adelantarles en la virtud.

Eran muchas las almas a las que dirigía por las sendas de la perfección. Enseñábales a tener oración, les daba reglas para mortificar las pasiones y para el uso de las penitencias; y según la capacidad y estado de cada uno, les instruía en diferentes ejercicios. Cuando veía alguna de estas almas bien dispuestas y con deseos de perfección, la encaminaba a algún confesor para que adelantase, porque su humildad le persuadía que no era apropósito para este ministerio.

En la visita a los enfermos, era incansable. Como él padecía también muchas enfermedades, sabía sentir y compadecer las molestias que sufren los enfermos, mayormente si eran pobres; y por remediarlas o aliviarlas no reparaba en sacrificios.

A todos los pobres amaba tiernamente, conversaba

con ellos, les visitaba y les instruía, atrayendo a su amistad con gran dulzura a cuantos encontraba por los caminos.

Eran muchos los que consolaba, y con ser tal la igualdad con que trataba a todos, cada uno creía tener de su voluntad la mejor parte, pareciéndole que era su particular amigo, y lo que hacía con él, no lo hacía con otro; y no era así, sino que la caridad tenía en su corazón dilatados senos en donde cabían todos.

Con tratarse tan pobremente y hallarse flaco y extenuado, no tan sólo por las penitencias y achaques, sino por las privaciones, era con los pobres generoso y espléndido, asegurando quienes lo veían, que no había proporción entre su renta y lo que daba, y eso que su desprendimiento llegaba al extremo de no admitir el dinero que le ofrecían para repartirlo entre los pobres.

Una virtuosa anciana que vivía en un lugar de la huerta, aseguró a su confesor que con las limosnas que recibía del Padre Ridaura se mantenía todo el año.

Venía un médico de visitar los enfermos de la huerta y encontró a una legua de Valencia al Padre Ridaura, que llevaba bajo el manteo un gran bulto; preguntóle a dónde iba tan cargado, y contestó: *"demá ho vorá"*. Así fué; pues halló a los pobres enfermos de aquellas partidas provistos de vasos y otros utensilios necesarios de que carecían.

Una noche no le quedaban más que cinco dineros, y sabiendo que un pobre enfermo carecía del pucherito para su necesaria alimentación, fué a la mesa de un cortante y le pidió cinco dineros de carne de brazuelo; no quiero por cinco dineros cortar ese trozo, dijo el cortante; pues péselo usted todo, dijo el Padre Ridaura, y Dios proveerá. Puso el carnicero en plato de la balanza todo el brazuelo, y en el otro las piedras que calculaba podía pesar; pero con admiración, iba quitando las piedras que no admitía el peso, hasta quedar con la de cinco dineros. Al ver esto, le dijo el cortante: Vaya, Padre Ridaura, que si como me pide que le pesase ese pedazo de carne, me hubiera pedido medio carnero, creo que tampoco hubiera pesado más de cinco dineros. *"Lo mateix em pareix a mí*, le contestó, *pero com no en tinch mes, Deu provix."*

De noche salía a visitar los enfermos pobres, y a

unos les llevaba ración de carne o cuarto de gallina, bizcochos u otros regalos de dulces. Cuando salía a sus peregrinaciones, llevaba pan blanco para los enfermos, trocándole con sus mendrugos para él.

Con los pobres religiosos era su caridad más afectuosa, y como en ellos es la pobreza voluntaria, quería que tuviese más de voluntario el socorro, comprando para ellos frutas y otros regalillos, y les rogaba que lo admitiesen.

Todo esto le parecía poco, y como queriendo entrañar en todos la misericordia, persuadía a los sacerdotes conocidos, que visitasen los hospitales; y rogaba a los médicos que asistiesen con puntualidad y caridad a los pobres. Cuando tenía noticia de algunos gastos superfluos, de que suele ordinariamente servirse la vanidad, lo sentía mucho, pareciéndole muy doloroso que no se empleara aquel dinero en aliviar a los pobres.

Pero nótese este hecho, que al mismo tiempo que revela su finísima caridad, manifiesta su delicadísima conciencia. Además del hermano carnal, religioso de la orden de San Agustín, de quien hemos hablado en otro lugar, tenía otro hermano, Cura del pueblo de Paterna. Concluído el coro de la mañana, solía de vez en cuando ir a visitarle, para estar a la hora de Vísperas otra vez en la Seo; y en todas las veces que estuvo a visitarle, no pudo lograr su hermano que comiese con él en su mesa, sino que traía de casa lo necesario para su sustento y lo comía a la sombra de un árbol antes de llegar al pueblo; y quejándose el Cura, su hermano, de este modo de proceder, le contestaba: *"No vulle res de la retoría, perque lo que tú no consumiisques es dels pobres."*

También iba a casa de los ricos cuando era llamado, y en ellas solía hablar con aquella libertad evangélica tan admirada en los santos.

Llamáronle a casa de un señor de distinción que se hallaba gravemente enfermo, para que le hablase de Sacramentos; fué Mosén Gregorio, le animó y preparó para este acto, pero le previno encarecidamente que para entrar Dios Nuestro Señor en una casa, debe estar ésta aseada y limpia de telarañas y de otras suciedades. El enfermo oía con respeto estas palabras, pero no se daba por aludido; volvió a insistir en la limpieza

de los rincones y de las telarañas, que como redes preparadas cogen a las débiles moscas, y no produciendo efecto sus palabras, vió allí cerca una escoba, y quitándose el manteo, principió a dar escobazos por los rincones. Asustado el enfermo, le decía: Padre Ridaura, deje usted la escoba que eso lo harán las criadas. "*Mire vosté* (le dice), *para que el Señor vinga a sa casa, es menester que vosté vecha, si ya alguna telaraña amagada y que vacha fora.*" Oyó esto el enfermo, y comprendió que estas palabras eran algo más que simplezas del Padre Ridaura; y después de un poco de silencio, le dijo: "Padre, lo entiendo todo, y le prometo que antes de mediodía será sacada esa telaraña de casa. Era esta telaraña la ocasión próxima en que repetidas veces había sido cogido.

Otro día llamáronle a casa de un titulo, y allí derramó su corazón paternal abundantes consuelos entre la familia y el enfermo; y al marcharse dijo éste: Padre Ridaura, hágame algunas visitas; y le contestó: "*No, señor, no tornaré perque tinch por al gos que te vosté baig.*" Padre Ridaura, usted se equivoca, le dice el paciente, aquí no hemos tenido ningún perro, y acercándose le dijo al oído: "*Es un gos que de les orelles el portará arrastran al infern*", y se marchó. Al poco rato recibió Mosén Ridaura una esquela del dicho enfermo en la que le decía: Padre, el perro que usted teme, desde este momento queda arrojado de esta casa; y espero que su merced venga pronto. Este perro era la persona cómplice de sus extravíos.

Por la caridad que practicaba con los enfermos y pobres, se debe inferir la que tenía con las almas del purgatorio, las que siendo amadas de Dios y teniendo segura la posesión del cielo, padecen en aquel lugar de expiación, dolores más intensos que los que pueden causar todas las enfermedades y suplicios de este mundo.

Era muy devoto de visitar los cementerios, y aseguraron testigos probados, que siendo hora en que estaban cerradas las puertas de la ciudad, sin saber por dónde, salía a rezar al cementerio de los apestados (extramuros).

En este cementerio, como en el de San Juan, se le había visto en algunas noches de lluvia rezando el

oficio de difuntos, sin que se le mojase el breviario ni apagase la luz.

En repetidas ocasiones le encontraron dentro del cementerio de San Esteban, orando por los difuntos; habiendo asegurado los foseros, que a la hora ordinaria cerraban, y, no obstante, el Padre Ridaura estaba dentro y salía cuando quería.

Habían sido asesinados dos hombres en un campo, a dos leguas de la capital, y una noche la pasó orando sobre el lugar en donde estaban sepultados sus ignorados cadáveres.

De muchas almas que eran llevadas al purgatorio, le daba el Señor noticia para que rogase por ellas. También le revelaba los nombres de otras que eran llevadas al cielo, y como entre todas las personas de este mundo, ninguna suerte podía interesarle más que la de sus propios padres, el Señor le manifestó el día y hora en que éstos fueron librados del purgatorio y entraron en el cielo.

Refieren sus panegiristas, entre otros casos de esta naturaleza, el que encomendaron a las oraciones del Padre Ridaura una religiosa del Convento de San Cristóbal, que estaba gravemente enferma. Una tarde que el Venerable fué a esta iglesia, después de haber estado una hora en oración, de repente se levantó y dijo: "*En bon estat está, Requiescat in pace.*" Oyólo esto una monja que desde la tribuna observaba los movimientos del Venerable Padre, se fué corriendo a la celda de la enferma y vió que en aquel instante acababa de morir, sin que ninguna religiosa se hubiese separado de allí para dar la noticia. Teniendo por cierto que el Padre Ridaura lo había sabido por revelación del cielo.

También, cierto caballero estaba inconsolable por la muerte de su esposa, señora de mucha distinción por su gran caridad, y estando cierto día solo con su criado en una iglesia solitaria, vió a Mosén Ridaura que dirigiéndose a él, muy risueño, le dijo levatando los brazos: "*Ya está en lo sel: ya está en lo sel*", y continuó andando. Quedó el caballero consoladísimo con estas palabras, levantóse presuroso para alcanzarle y darle las gracias, pero ni él ni su criado pudieron verle ni saber por qué puerta había salido.

No podía el demonio, malo por esencia, permanecer

indiferente ante el cúmulo de virtudes que se desarrollaban en la vida del Venerable Ridaura, cuya fragancia atraía a muchas almas al conocimiento y amor del que es por esencia bueno y santo. No pudiendo el infernal enemigo mancillar la hermosura de esta alma privilegiada, dirigía sus esfuerzos contra su cuerpo dándole ataques cruelísimos.

Esta lucha exterior del Venerable Ridaura con el demonio, principió siendo estudiante, y acabó con su muerte. Y lo mismo estando en el colegio, que en el estado Sacerdotal, cuentan los cronistas y testifican personas ilustradas merecedoras de todo crédito, que Mosén Gregorio Ridaura, sostuvo luchas horribles con los malos espíritus, los que con espantosas visiones y hasta con golpes trataban de impedirle el ejercicio de actos espirituales y de caridad en favor de los prójimos.

Así con una vida activa, inspirada y movida por el celo de la gloria de Dios, el bien y la salvación de sus prójimos, este hombre sencillo en sus formas, sin pretensión de dignidades, ni de riquezas, ni de aplausos, con deseos de saber solamente la ciencia de Jesucristo crucificado; dominaba los corazones con su humilde palabra, y tenían más confianza en el poder de sus oraciones que en el de los grandes y poderosos del siglo.

IV

Vacía el alma de todas las afecciones terrenas, y rica con los bienes de la gracia, ya no suspira más que por la unión con el sumo bien; y en la oración, y contemplación, logra la comunicación e íntima unión con su Dios y su todo.

La oración del Venerable Ridaura fué continua, porque si ora siempre, el que siempre obra según el beneplácito de Dios, sabemos por testimonio de sus confesores, que jamás distraía los sentidos y potencias de aquello que directamente se encaminaba a la mayor gloria de Dios.

Su oración, además de continua, fué estática; y era tal la afluencia de espíritu, que no sólo le sacaba de sí, transportándole todo en el Señor, sino que a no detener S. D. M. los torrentes de sus dulzuras, hubiera

acabado su vida. Los vuelos de su alma, y los ímpetus con que su amor le arrebataban, eran tan vehementes, que muchas veces vencían lo pesado de su cuerpo y lo llevaban tras sí, levantándole sobre la tierra.

Así lo aseguraron muchos testigos de vista. Uno le vió en despoblado, cercado de resplandor y elevado sobre la tierra; quiso acercarse a él, pero marchó tan ligero como si volara, no siendo el escape de un caballo bastante para alcanzarle. Otras veces le habían visto en éxtasis, enajenado de sus sentidos, por la fuerza de sus amorosos afectos.

En el tiempo de decir misa y dar gracias, se sentía con tanto espíritu y consolaciones, que dijo a su confesor: «si duraran mucho no las podría soportar mi flaqueza». En las ceremonias y en todas las cosas concernientes al Santo Sacrificio, era delicadísimo; nunca pareciéndole los corporales y ornamentos bastante limpios y decentes. La capilla de San Sebastián, título de su Beneficio, la barría todos los días por sí mismo, y cualquiera irreverencia o falta de decoro que observase en el templo, particularmente en lo referente al Santo Sacrificio, le entristecía.

El oficio divino, que es tributo de oración, al que están obligados todos los eclesiásticos, lo pagaba con la mayor puntualidad y perfección, no sabiéndose que entre tantas y tan penosas enfermedades que tuvo, dejara de rezarle más que el último día de su vida, para lo cual fué menester el precepto del médico y del confesor. En el coro, lo mismo su compostura, su entonación o su silencio, edificaban a todos, y sólo su presencia imponía.

Por estos pasos de continua y devota oración llegó Mosén Ridaura a la cumbre del monte Santo, en donde el soplo suave de la contemplación encendió en su alma el fuego sagrado del amor de Dios, que le derritió y le identificó con el Amado.

Entró un día en la iglesia del Salvador, llevando la consideración del Nacimiento de Jesús y al arrodillarse dice que oyó un trueno como pudiera ser el que oyeron los apóstoles el día Pentecostés; y hallóse al momento tan adentro de aquellos tiernos misterios, tan ilustrado y abrasado en caridad, que con dificultad podía moverse, y cuando le fué preciso salir de la

iglesia, andaba como embriagado en el divino amor, asiéndose de las paredes. Esto se sabía cuando no lo podía ocultar, de lo que le pasaría en la soledad, sólo Dios era testigo.

Refiere también su confesor, que estando cierto día en la iglesia del convento de Jesús, se enfervorizó tanto su corazón con la consideración de este dulcísimo nombre que, no pudiendo caber dentro de sí tanta avenida de consuelos, se salió como pudo fuera de la iglesia, y dijo a su compañero que continuase, que él le alcanzaría. Retiróse el Venerable a una huerta vecina, se arrodilló para desahogar los afectos de aquella dichosa opresión, y se quedó arrobado; viendo el compañero que tardaba, volvió a buscarle y le halló en éxtasis, y su cuerpo elevado de la tierra.

En casos semejantes, cuando le apremiaban estas ansias, procuraba huir de poblado y buscar la soledad; allí en el silencio, oyendo el canto de las aves, se inflamaba en el amor de su amado; allí tendía las alas de su espíritu y se anegaba en el abismo de las perfecciones divinas; allí oía como Dios le hablaba al corazón, y su interior endiosado, le volvía otro hombre.

Otro de los efectos de este grado de oración es la comunicación de secretos superiores a la humana razón. Los siervos, decía el Divino Salvador hablando con los Apóstoles, no saben lo que piensa su señor, mas para los amigos íntimos nada hay reservado. Y era tal la confianza que en las oraciones del Padre Ridaura tenían todas las clases, lo mismo la ínfima, la media, que la más elevada, que no había conflicto o caso arduo que no fuese consultado y encomendado a sus oraciones. Y por más que siempre pretestaba su nulidad y miseria; cuando él aceptaba el rogar por un determinado asunto, daban ya por feliz el resultado, y sus respuestas por muy valiosas, aunque aparecieran sencillas.

Continuamente le aguardaban en el patio de su casa, en la puerta de la sacristía, o en la capilla de San Sebastián, enfermos para que les dijese los evangelios, madres con niños para que les diese la bendición o pusiese su mano sobre sus cabecitas; y cuentan admirables curaciones atribuídas a sus oraciones; re-

cibiendo a cualquier hora cartas o visitas suplicándole un consejo y su mediación para con Dios.

Presentóse en casa de Mosén Ridaura un caballero de la primera nobleza, rogándole que encomendase a Dios el que su señora tuviese un feliz parto, pues eran de alguna edad y no tenían sucesión, a lo que el Padre Ridaura se ofreció, pero al despedirse le dijo: "*No deixe vosté de advertir a la señora qu'es lleve els tacons de les sabates.*" Tomó el caballero esta indicación por una de las ocurrencias del Padre y no hizo caso. Mas pasados algunos días, volvió muy afligido el mismo caballero contándole que a su esposa se le había agarrado el tacón al borde de un ladrillo, y le había ocasionado tan fuerte caída que los facultativos temían un aborto. Oyó Mosén Gregorio tranquilo la relación del suceso, y le dijo: "*Sosegues vosté que no sosoirá res, pero que vacha la señora alerta en los tacons.*" Y, efectivamente, a los pocos días tuvo un robusto niño.

Llamaron al Padre Ridaura a una casa para ayudar a bien morir a una joven y no fué; pasados algunos días, siendo las diez de la noche y cuando no le esperaban, se presentó en la casa; ya los médicos se habían retirado y estaba agonizando. Quejóse la madre de la enferma de que no hubiera ido a tiempo, pero Mosén Ridaura, como si no la escuchara, con mucha tranquilidad se acercó al lecho de la enferma, y dijo: "*Pues no pareix que está molt mala.*" Le leyó los Evangelios y desde aquel momento principió a mejorar. Extrañaron mucho los facultativos el inesperado cambio, pero dejaron de extrañarlo al saber que el Padre Ridaura había visitado a la enferma después que ellos la dejaron; y como casos parecidos a éste se repetían con frecuencia, los médicos miraban las cosas del Padre Ridaura con respeto.

Embarcóse para Roma el día primero de año un estudiante, y su madre encargó al Padre Ridaura que le encomendase a Dios y celebrase una misa para que su hijo tuviese buen viaje, y contestó: "*Ya diré la misa cuant será menester.*" El miércoles Santo le dijo a la mujer que la misa la había celebrado aquel mismo día; causóle novedad el haber elegido aquel día después de tres meses que se la había encargado.

Mas cuando regresó el estudiante de Roma, refirió que el miércoles Santo se salvaron milagrosamente, viéndose ya el buque sumergido por las aguas, y un navio que iba junto con ellos naufragó. Entonces comprendieron que el Venerable tuvo relación de lo que había de suceder cuando le dijo a la madre: *"Ya diré la misa cuant será menester."*

Hirieron a un hombre cerca de la casa del Padre Ridaura; reconocióse tan mortal la herida, que le retiraron a la inmediata casa de un cirujano, en donde le administraron la Extrema Unción, porque estaba sin sentidos. El mismo Vicario le recomendó el alma y lo dejó por difunto, haciendo igual juicio los facultativos.

Cuando lo supo Mosén Ridaura, llegóse a la casa del herido, y teniendo mucha lástima de que muriese sin confesión, se fué a la iglesia del Salvador y después a la capilla de la Virgen de los Desamparados, y en ambas iglesias oró por las rejillas, pues era muy tarde. Volvió y preguntó si había recobrado los sentidos y le dijeron que seguía lo mismo. Fué segunda vez a las dichas iglesias y repitió la oración, pero sin efecto; hizo lo mismo tercera vez y volvió a la casa, llamó al herido por su nombre y al punto recobró los sentidos, pudiendo confesarse y recibir el Santísimo Viático.

Al otro dia dijo Mosén Ridaura al sacerdote que había asistido y administrado los Sacramentos al herido: *"Gran milacre han fet en aquell home el Sant Cristo y la Santa Verge."* Verdaderamente, contestó el sacerdote, pero mucho debió haber aprovechado el empeño del Padre Ridaura.

Sorprendía también las más de las veces a los que iban a consultarle algún asunto que, por más secreto y desconocido que fuese, les daba la solución y la respuesta antes de proponerle el caso, con lo cual ahorraba mucho tiempo, y daba más importancia y valor a la contestación, en la que se veía algo de sobrenatural.

La mujer de un francés fué a consolarse y consultar un asunto de familia con el Padre Ridaura, quien adelantándose, le dijo: *"Importune a son marit para que sen vaja a Francia per algun temps."* No quiso el marido atenderla, y cuando volvió a dar la contesta-

ción al Padre Ridaura, le dijo éste: *"Pues no ya mes que prevenirse para un gran treball."*

Pasó algún tiempo y fué preso el francés por sospechas de complicidad en un atroz crimen, y estuvo en mucho peligro de ir a la horca.

Por último, cierta noche salieron tres piadosos jóvenes de la capilla de la Virgen de los Desamparados, y pensaron hacer una visita a Mosén Gregorio, pero uno de ellos dijo: No nos abrirá porque es ya tarde; pues tocaremos, dijo otro, cinco golpes por las cinco llagas del Señor, y si no nos abre nos retiraremos.

Hiciéronlo así, y al quinto aldabazo abrió él mismo, y les dijo: *"Pasen avant; he aubert perque han tocat cinc colps, per les cinc llagues y venen de ahon venen."*

Entraron y tuvieron un breve rato de conversación, en la que les adelantó algunas contestaciones, saliéndose tan edificados como admirados.

V

Las prácticas de misericordia, en orden a los prójimos, no siempre pueden esconderse a las miradas de los hombres; pero los vuelos del espíritu son difíciles de seguir e investigarse; sin embargo, cuando hay mucho rescoldo, por ceniza que se eche siempre el calor se manifiesta; y otra de las manifestaciones del fuego del amor divino, escondido en el corazón del Padre Ridaura, era el fervor con que practicaba sus devociones, siendo una de las preferentes, la del Santísimo Sacramento del Altar.

Esta devoción, como dijimos al principio, la bebió en la leche. Siendo niño, cuando al lado de sus padres vivía en Alcoy, si éstos no le necesitaban o no era hora de escuela, ya sabían que estaba en la iglesia, en la presencia de Jesús Sacramentado. La compostura como se preparaba para la comunión o con que después daba gracias, edificaba a cuantos le veían.

Robustecióse en el joven Ridaura esta devoción, en los años que estuvo de familiar en el Colegio del Patriarca. Celebrábanse en uno de ellos las solemnes vísperas de la Purísima Concepción, en las que estaba patente el Santísimo Sacramento, y al salir de la

iglesia le vieron los colegiales y superiores con el rostro tan encendido, que a todos les parecía una cosa sobrenatural, por lo que le dirigían, en sentido místico, pero humorístico, algunas palabras, a las que él contestaba con la sencillez y gracia que le distinguían, y en el dialecto del país, que siempre hablaba; pero diciéndole uno de los perpetuos: ¿De dónde el bueno de Ridaura ha bebido tanta devoción al Adorable Sacramento y a la Inmaculada Virgen? Contestó: *¿Pues que no sap que soc de Alcoy?*

Sobre esta respuesta, dice el Pavorde Dolz en la oración fúnebre por el Venerable Ridaura: Verdaderamente que pudo gloriarse de haber nacido y ser educado en una villa que excede a las demás del reino en estas dos devociones. El ardiente celo que manifestaron los hijos de Alcoy buscando las sagradas Formas, sacrílegamente robadas por un extranjero y los sobrenaturales signos con que quiso el Señor dejarse encontrar, interesan sobremanera a todo corazón cristiano; y este glorioso acontecimiento, como otras manifestaciones de amor a la Santísima Eucaristía, produjeron en la patria de Ridaura una pléyade de adoradores a este augusto Misterio, cuya ferviente devoción raya en el heroismo y cuyos antecedentes daban motivo al estudiante Gregorio Ridaura para en la citada ocasión responder al superior del Colegio: *¿Pues que no sap que soc de Alcoy?* (1).

Mas cuando fué ordenado de sacerdote, en la cele-

---

(1) Entre los muchos y ardientes adoradores de la Santísima Eucaristía, naturales de Alcoy, citaremos tan sólo al V. P. Fray Luis Jordá, Religioso Agustino, quien, como Mosén Gerónimo Barrachina, cura, pasaron todas las noches de sus largas vidas sacerdotales, en la iglesia, en la presencia de Jesús Sacramentado, y cuando el sueño les rendía, reclinaban sus cabezas sobre una tabla, para a las dos horas de descanso volver a ser perpetuos adoradores del Santísimo Sacramento.

También fué patria del estático Dr. Tomás Margarit; de la Venerable Vda. Julia Aiz; de Sor Francisca Llopis; de la Venerable Beata de la tercera orden de San Francisco, Ana Castelló. Entre otros varones y vírgenes insignes, el Pavorde D. Antonio Buenaventura Guerau, fundador de la comunión mensual en la Universidad de Valencia, quien con el imán de sus anécdotas atraía a los estudiantes a la frecuencia de Sacramentos; y en premio de la elocuente defensa que hizo en la ciudad de Játiva de la original pureza de la Madre de Dios, mereció el privilegio de hallar los Lirios milagrosos de la Concepción, en el monte Carrascal de Alcoy.

bración de la santa misa, como en la preparación y acción de gracias, subía tan alto el termómetro de sus consolaciones, que varias veces dijo a su confesor, que si duraran mucho no podría tolerarlas.

Lo que servía para la celebración del Santo Sacrificio lo miraba con tanta veneración que, estando a su cargo la capilla de San Sebastián, título de su Beneficio, todos los días la barría por sí mismo, una o más veces, no pareciéndole nunca bastante limpios los corporales y manteles de la sagrada mesa.

Cuando al visitar los enfermos o cementerios de noche pasaba por alguna iglesia, nunca dejaba de arrodillarse a la puerta y hacer actos profundos de adoración al Santísimo Sacramento.

Pero el siguiente caso da a entender el grado de amor que le estrechaba al Sacramento Eucarístico. Tenía un sacerdote necesidad y obligación de administrar el Santo Viático a un criminal que estaba oculto en una alquería de la huerta, y a fin de que no se apercibiese la justicia, llevóse el Señor con el mayor secreto y disimulo. Nadie se apercibió en el tránsito, solamente el Venerable Ridaura, desde el momento que le vió salir por la puerta del Real se arrodilló bajo un árbol y como girasol que va siguiendo el movimiento del sol, aunque le cubran nubes, así seguía con su rostro el curso que llevaba el Señor, oculto bajo el manteo del sacerdote. Algunos que lo vieron arrodillado, creyeron que era uno de los raptos de fervor que solían verse en él, pero no así el sacerdote que llevaba el Sacramento, el cual vió en el Padre Ridaura el símbolo de aquella alma enamorada de los Cantares, a la que ni las paredes ni los canceles podían ocultar la vista del Amado.

Siendo la Eucaristía el compendio y el más dulce recuerdo de la Pasión de Cristo Señor Nuestro, unía con celestial sabiduría la meditación de estos divinos misterios. Como candorosa paloma, hacía su nido en la llaga del costado de Jesús, y allí fijaba su dulce morada cuando todos los días visitaba la santa imagen del Cristo de San Salvador, o la capilla del Santo Sepulcro en la parroquia de San Bartolomé, y si alguno le distraía en el camino, le decía: *"Primer deisam beure un glopet en la amorosa plaga."* Solía decir que no sabía

cómo un cristiano podía pasar un día sin pensar un rato en la pasión del Señor. A cuantos podía encargaba llevasen en su memoria lo que Jesús hizo con ellos, y para facilitar este recuerdo aconsejaba el ejercicio del Via-Crucis.

Vivió siempre con grandes deseos de visitar los Lugares que el Señor santificó con su presencia y Pasión, y hablaba con singular gusto de este asunto. Considerábase en Belén y le parecía que había de saltarle el corazón del pecho, por el gozo de los tiernos misterios que allí se obraron. Pasaba al Calvario. ¡oh, qué lugar!, decía, si aquí me viera una vez, ¿cómo había de tener ánimo para ofender más a mi Dios? Si llegaba a su noticia que algún religioso había venido de aquellos Santos Lugares, luego le buscaba y se informaba minuciosamente de lo que había visto y después lo refería a otros con gran júbilo de su alma.

Dice el doctor Sánchez, que cierta persona religiosa fué entibiándose en el santo ejercicio de meditar la Pasión y hacer el Via-Crucis, del cual en otro tiempo sacaba gran provecho; y una noche estando en su celda, aseguraba la misma persona que vió a su lado al Padre Ridaura (que aún vivía) oyó su amonestación dirigida a que volviese a la antigua costumbre de meditar en la Pasión y hacer el Via-Crucis, recordándole el gusto que daba a Dios Nuestro Señor en aquel ejercicio.

Pero en donde su corazón se desleía como blanda cera, y de sus labios manaba leche y miel, era cuando hablaba de la Madre de Dios.

Siendo niño, como avecilla que suelta sus alas a los primeros albores del día para alabar a Dios con sus trinos, así el niño Gregorio se levantaba al rayar el alba, para cantar el rosario de la Aurora, formando coro por las calles con los demás devotos. En aquella primera edad ayunaba en todas las vigilias de las festividades de la Santísima Virgen. En la capilla de la Virgen de Gracia, del Convento de San Agustín, delante de la Inmaculada Virgen ensayaba los primeros requiebros de sus purísimos amores.

Cuando dejó Alcoy y la compañía de sus buenos padres, para principiar los estudios en Valencia, desde entonces fué a la Capilla de la Virgen de los Desampa-

rados, su refugio y su centro; al cuidado y amparo de la Santísima Virgen dejaba sus asuntos, con ella los consultaba y con candor angelical la llamaba Madre.

Cuando ya sacerdote tomó habitación cerca de la Virgen de los Desamparados, solía decir con mucha gracia: "¡*Ah, que bona veina tenim*!" Contados serían los días, desde el primero que llegó a Valencia, hasta la víspera de su muerte, en que no estando para celebrar dejara de oír misa en esta Capilla y de visitarla, aunque fuese solamente por la rejilla de la puerta, y solía decir: "*Aunque no mes siga un glopet.*"

A cuantos trataba procuraba infundirles la devoción a esta Madre de misericordia, y les encargaba que en sus festividades le hicieran algún particular obsequio. Amaba mucho a aquellos santos que fueron muy devotos y propagadores de la devoción a la Santísima Virgen; entre ellos, con culto especial, veneraba a San Joaquín y Santa Ana, pensando cuánto amarían estos santos Padres a tan santa Hija.

El mismo demonio le odiaba por la protección que recibía de la Madre de Dios; pues exorcitando en cierta ocasión a una energúmena, decía con horrible saña el mal espíritu: si no tuvieras tan propicia a la Virgen, yo me vengaría de ti.

¿A quién, pues, podía temer, ni qué le podía faltar al Padre Ridaura, teniendo tan de su parte a la tesorera del cielo?

VI

Hay aromas que exhalan más fragancia cuando el fuego los va consumiendo, que cuando se ostentaban lozanos en el cáliz de la flor. Así el Venerable Ridaura, que en todos los actos de su vida edificó y perfumó con la fragancia de las virtudes a cuantos le trataron, acercándose el tiempo de su muerte, difundió en la Iglesia el buen olor de aquellas mismas virtudes, pero aquilatadas con el crisol del sacrificio.

Llegado a este punto era ya para él todo lucro; pues si vivía era sólo para Cristo; y si moría era para verle y poseerle sin el velo de la fe, en lo cual consideraba la más segura de todas las ganancias.

La paciencia y resignación con que sufría agudos dolores, daba a entender la unión íntima de sus potencias y sentidos con Dios, y cuán dominada tenía la parte irascible con el freno de la mortificación.

Según relación de los facultativos, padecía muchos y graves achaques, entre ellos dolor de hijada, arrojando piedras de bastante magnitud; dos quebraduras tan considerables, que muchas veces tenía fuera gran parte de los intestinos; supresión de orina fuerte y frecuente y redundancia de humor melancólico, capaz de destruir otra virtud que no fuese la del Padre Ridaura; y no obstante que vivía entre ascuas para subir purificado a la presencia de Dios, lo mismo dentro de su casa que fuera de ella, nadie le vió alterado, ni aun triste, sino siempre igual y tranquilo.

Sin ser de fisonomía hermosa, era simpático y a todos indistintamente inspiraba confianza para consultarle las cosas más íntimas y reservadas. Su frente era ancha y despejada, nariz afilada, color aporcelanado, ojos expresivos, la cabeza siempre inclinada hacia la tierra y el todo de su aspecto respetuoso, más propenso a la sonrisa que a una seriedad repulsiva; su talla regular, más alto que bajo; su hábito talar basto, pero limpio y aseado; del vestido interior no hablaremos hasta el día de su muerte, pues que nadie le vió sin sotanas, y lo de bajo se lo remendaba él mismo.

Sus modales, como sus palabras, nacidas de un corazón abierto, que estremadamente aborrecía la mentira, eran naturales, sencillas y verídicas.

Aun cuando sus advertencias y contestaciones eran comúnmente intencionadas, con el cristiano fin de corregir pecados y atraer las almas al servicio de Dios; y sus comparaciones aparecían muchas veces por su naturalidad algo extravagantes, siempre eran oportunas y todas las cosas de Mosén Ridaura caían bien y eran recibidas con gracia.

Sintiendo agravarse sus dolencias, hizo testamento cerrado, entregando la plica a otro sacerdote de mucha más edad que él, por cuyo motivo no lo quería recibir, pero le obligó asegurándole que le sobreviviría, y así sucedió.

El aumento de sus dolores le privaba de hacer aquellos viajes nocturnos, con los que evitaba muchos

pecados, como de las visitas a los cementerios, a los pobres y otros actos de piedad, pero no de levantarse a las cuatro de la mañana y emplear el tiempo en la oración, celebración de la santa misa, en asistir al coro, en visitar la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados y la imagen del Santo Cristo de San Salvador, que distaban muy poco de su casa, y en oír a muchas personas que continuamente llamaban a su puerta pidiéndole consejos, oraciones y bendiciones.

El tiempo que no empleaba en la oración o en la caridad, lo ocupaba como él mismo declaró, en recibir la visita del Venerable Padre Sarrió; de aquella alma santa, todo fuego de amor de Dios, que durante quince años seguidos había sido su confesor y director, y ahora, radiante de luz con la aureola de la inmortalidad, venía a continuar su dirección y enseñanza. ¡Cuánto debía adelantar en el amor divino, con la dirección de un maestro venido del cielo!

Sus preparativos y contestaciones indicaban que tenía conocimiento del día de su muerte.

Dos meses antes de morir fué a una casa en donde le suplicaron que volviese para darles consuelo, y contestó: *"No sé si podré; volen que me pose en cura, y crec que tot es inútil, perque ya es tems que el sac vatja a la terra."* Y, efectivamente, no volvió. A varios dijo un mes antes de morir, que se preparaba para hacer un viaje. Pero fué más explícito con un religioso, a quien escribió de su propia mano, encargando que tuviese evacuadas algunas diligencias para el día de Santa Ana, en cuyo día, le decía, tengo que hacer una jornadita. Y en ese mismo día murió.

Fué necesario operarle para la extracción de cálculos y su contestación cuando le preguntaban si sentía dolor, era: *"Un poquet o més podía ser."* Conoció el cirujano que los dolores debían ser intensos, y le dijo: *"Pare, ara no es cosa de un poquet."* A lo que respondió: *"Es que yo pose en una ma lo que patí el Señor y en l'atra lo que patix yo, y no em pareix res la meua pena."* De modo que tenía todo su contento y su gloria en estar crucificado con Jesucristo.

A mediados de julio se le agravaron los accidentes ordinarios de supresión y humor melancólico, en cuya nueva pena mostró la constancia increíble de su paz

y mortificación, pues no se le oyó un lamento, ni perdió la serenidad que le caracterizaba.

El día 24, bajó al patio de su casa para oír y consolar a algunas personas que le buscaban, y con el fin de que no le faltase en este día el correspondiente ejercicio de caridad.

Se confesó con ánimo de celebrar al día siguiente, por ser San Jaime y por haberle dicho el médico que le encontraba mejor; rezó todo el oficio, pero por haber pasado toda la noche con dolores agudos, no pudo decir misa, y sólo haciendo el último esfuerzo, pasó a oírla a la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados.

Piadosamente se creyó que, teniendo revelación del día de su muerte, según se infirió de algunas de sus palabras y con más claridad de la carta que escribió a un religioso, hizo el último esfuerzo para pasar a la capilla de la Virgen de los Desamparados, no sólo a oír misa y por última vez a adorar en la tierra la presencia real de Jesucristo en la santa Eucaristía, sino también para tomar antes de morir la bendición de su Santísima Madre, Patrona que él invocaba frecuentemente con el título de Puerta del Cielo, "*Porta Coeli*", y como sabía que dentro de pocas horas había de subir a llamar a aquella puerta, fué la víspera a recibir el pase.

Volvió a casa, y, en la tarde, le asaltaron accidentes mortales, por lo que el médico ordenó los Sacramentos. Recibió la noticia con alegría, y pidió que le dejasen solo con su confesor para prepararse a tan supremo acto. Trajeron el Santo Viático de la Parroquia de San Salvador, por ser tarde y estar cerrada la Seo. Recibió al Señor con suma devoción, siendo las nueve de la noche, cuatro horas antes de expirar. Empleó todo este tiempo en los más heroicos actos de humildad, desasimiento, paciencia, resignación, fe, esperanza y amor de Dios. Dijéronle que era hora de administrarle la Extremaunción, y pidió que fuese luego, pudiendo aún responder con clara y entera voz a todas las preces. Tomó en sus manos el Crucifijo, y lo apretó tan fuertemente, como ya lo tenía estrechado a su inflamado corazón.

Iban apretándole los accidentes, el pulso desma-

yaba a toda prisa, pero abstraído de todo, como si sólo en él viviese Cristo, aparecía alegre, risueño y sin dar muestra de decaimiento.

Instantáneamente esparcióse por la ciudad la noticia de que Mosén Ridaura estaba agonizando, y, aunque muy adelantada la noche, presentáronse en la casa del paciente multitud de personas de todas las clases sociales, y no hubo medios para impedirles la entrada en el aposento del enfermo. Todos le pedían la bendición, a lo que resistía su humildad, pero el confesor le mandó que lo hiciera, y bendijo a cada uno haciéndoles la señal de la Cruz y dirigiéndoles con voz entera y rostro sereno, como si estuviera sano, palabras de edificación que nunca pudieron olvidar, sino derramando fervientes lágrimas iban saliendo del aposento.

Las doce anunciaban la entrada del sábado, día 26 de julio del año 1704, dedicado a honrar la memoria de Santa Ana, a la que siempre había manifestado cordial devoción, siendo el cuadro de esta Santa el único que había admitido su delicada pobreza y le tenía a la vista del dormitorio. Sus fuerzas iban desfalleciendo, y al dar la una, aquellos cólicos nefríticos que andaban fluctuando, rompieron con ímpetu en una fluxión copiosa por la boca y narices, y en menos de dos minutos... durmió en el Señor.

Así lo cree la piedad, y su ejemplar vida da motivo a no dudarlo; en ese momento descansó de sus trabajos; entregó su alma en manos de su amado Jesús; pasó de su pobre lecho a las moradas eternas; salió de la cárcel de esta miserable vida, para ser coronado por cortesano del cielo; en este momento recogió el fruto de una vida santa.

El buen Angel debió llevar la noticia de la muerte de Mosén Ridaura a muchas personas devotas, pues al rayar el día vióse inundada, o mejor dicho, asaltada la casa mortuoria por personas de todas condiciones para venerarle y conseguir algo de los pobres muebles que dejaba en su habitación, particularmente de los objetos de piedad, como el crucifijo, el rosario, cilicios y otros instrumentos de mortificación.

¡Cosa admirables! hasta los remiendos viejos y apolillados se repartían entre las personas de mayor

posición y nobleza, con más empeño que entre avaros pudiera repartirse el oro.

Verdad es que ya viviendo el Venerable Ridaura, era amado y venerado de todos, porque su benignidad, apacibilidad, pobreza voluntaria, caridad sin distinción, robaba la estimación y voluntad de todos, no habiendo una persona de espíritu que no le tuviese por varón justo; ni de calidad que no le respetase; ni clase alguna que no le reverenciase como sacerdote de extraordinaria perfección (Sánchez, 2 y 4).

Pero así como el oro en la mina no luce por la escoria que le cubre, así la humildad de Mosén Gregorio Ridaura, encubriendo todas sus obras con apariencia basta y ordinaria, las obscurecía y ocultaba; más vino la muerte, quitó esta cubierta de lodo, y apareció brillante el oro de sus virtudes; rompióse el vaso, y todo quedó perfumado con la fragancia del bálsamo que en él se contenía.

Creció tanto el concurso de gentes que pretendían verle, que para evitar tumultos hubo de darse providencia que se adelantase el entierro, temiéndose que, si llegaba a divulgarse esta noticia por los pueblos de la huerta, no bastaría la guarnición de Valencia para contener el empuje de las masas, que se precipitarían por ver y venerar el cadáver de Mosén Gregorio (1). Allí vióse lo que no podía presenciarse sin devoción ni ternura. Para llevar el féretro, que bastan cuatro hombres, se juntaron veinte beneficiados de la Seo, y no fueron más porque no prestaba para mayor número, que, a prestarse, ninguno hubiera renunciado a esta dicha. Así lo llevaron a la iglesia, y lo sostuvieron sobre sus hombros mientras se cantaron solemnes vísperas de difuntos y se hizo el oficio de sepultura. Concluído este acto fué trasladado del féretro al ataúd

---

(1) Para los que presenciaron, como nosotros, lo que sucedió en Alcoy en la muerte y entierro del penitente Casimiro Barello, pobre mendigo y extranjero, desconocido de todos, a cuyo último acto podemos asegurar que asistieron lo mismo treinta que cuarenta mil espectadores, no pudiendo añadirse más magnificencia al entierro de un príncipe o potentado de la tierra, no debe parecer extraño ni exagerado lo que aconteció en Valencia en la muerte y entierro del Venerable y popular sacerdote que nos ocupa.

Los atractivos y simpatías que alcanza la virtud, nadie los ha medido. Dios exalta a los santos y humildes, aun aquí en la tierra.

con la inscripción que le había dedicado el Ilustrísimo Cabildo.

Mosén Gregorio Ridaura ha quedado cubierto bajo de una losa de mármol, sobre la que está grabada esta inscripcción:

†

D. O. M.

Aquí descansa el Venerable Gregorio Ridaura de Alcoy
Beneficiado de la Iglesia Valentina

el cual fué eximio cultivador de la caridad, humildad, paciencia y castidad.

Siempre tuvo la mortificación de la Cruz en su cuerpo; doblado por la vejez entregó su alma buena.

Anheló con toda su alma las cosas celestiales

Dió ejemplo de practicar todas las virtudes

Murió en 26 de julio del año 1704, a la edad de 63 años.

El M. I. Cabildo de la Iglesia Metropolitana le dedica esta lápida como perpetuo recuerdo.

La capilla de San Sebastián en la Seo, título de su Beneficio, en donde celebraba el Santo Sacrificio de la misa, y era testigo de sus fervores y de las elevaciones de su espíritu, es la depositaria de los venerables restos de este admirado sacerdote.

Pero Dios Nuestro Señor, que levanta a los humildes de corazón y exalta a los que por su amor supieron pisar las vanidades del mundo, inspiró varias demostraciones de veneración y de honra por un sacerdote que en concepto de él mismo, era menos que la nada; que se trataba y vestía pobremente; y que se escondía de todos como si fuera el oprobio del mundo.

Muchas fueron las solemnes exequias y honras que se celebraron por este siervo de Dios, algunas de ellas con oración fúnebre, de las cuales hemos visto tres

impresas, y otras que se predicaron, pero no se dieron a la imprenta.

Mas la virtud de Mosén Gregorio Ridaura no ha quedado encerrada en la estrechez del sarcófago, sino así como a la capa de Elías le quedó virtud para obrar prodigios, también a los pobres vestidos de este sacerdote les comunica Dios virtud para consuelo de muchos.

Diferentes son los que aseguran que con la aplicación de objetos del uso de Mosén Ridaura han mejorado o curado de sus dolencias y enfermedades. Entre otros, una mujer que de sobre parto padecía una vehemente calentura, gravísima a juicio de los facultativos; confiada la familia en la intercesión de Mosén Ridaura, pusieron sobre la enferma una media de las que llevaba el Venerable, y al momento la dejó la calentura, lo cual reconocieron los facultativos ser milagroso.

Otro de los casos en que el pueblo ha reconocido más intervención y asistencia en Mosén Ridaura, es en aquellos en que le han invocado para hallar cosas perdidas; siendo muchos los que hacen relación de que, desesperados de hallar papeles u otros diferentes objetos, invocada la asistencia del siervo de Dios, los han encontrado y muchas veces en los mismos lugares antes ya reconocidos.

Lo que sigue tiene la autorización de la curia eclesiástica, después de una información de testigos a instancia del Promotor Fiscal. Celebróse el viernes 21 de noviembre de 1704 el funeral de misa con oración fúnebre y solemnes responsos en la parroquia de San Salvador de Valencia por Mosén Gregorio Ridaura. Para iluminar el túmulo, tomaron de un depósito de cera veinte ciriales con peso de noventa y ocho libras, pesados con buena balanza en presencia de los interesados, varios sacerdotes y el fabriquero. Celebróse el acto, que duró más de dos horas y media, en cuyo tiempo estuvieron encendidos los ciriales, los que al ser devueltos al depósito, para satisfacer la cera consumida, volvieron a pesarles en la misma balanza y en presencia de los mismos interesados y sacerdotes, los que con mucha admiración vieron que pesaban las mismas noventa y ocho libras que antes, ni una onza menos ni más. Repitieron varias veces la operación de pesarles y contarles, y cuando por una sumaria de

testigos hubo toda la seguridad que humanamente puede pedirse, no pudiendo haber equivocación en el número ni el peso, antes y después, se extendió acta ante el Tribunal Eclesiástico.

Entre los papeles de Mosén Gregorio Ridaura se encontraron escritos de su propia mano, los siguientes documentos, en los que se ve condensada la doctrina observada por él y la que aconsejaba a las personas con las que tenía comunicación espiritual.

Los puntos que ha de pensar y meditar el cristiano son nueve, los tres miran a sí mismo; los tres al prójimo y los otros tres a Dios.

Los que miran al mismo cristiano son:

El 1.º Tener delante de los ojos la flaqueza y miseria de su naturaleza; lo poco que es; lo poco que entiende; lo poco que puede y lo poco que hace; siendo mucho lo que debe y está obligado a hacer, según su estado y vocación.

El 2.º Pensar en la brevedad de su vida, y certidumbre de su muerte: considerándose como si ya hubiese de expirar; y teniendo presente cuán presto ha de ir a dar cuenta al tribunal del juicio de Dios, de todo lo que hace, dice y piensa.

El 3.º Considerar la fealdad de sus pecados y malas inclinaciones, con gran dolor de haberlos cometido, poniéndose delante de Dios para que se les perdone y le asista con el remedio de que necesita. Hará especial reflexión sobre el pecado de la ingratitud que ha tenido para con Dios; considerando lo mucho que le debe, lo poco o nada con que le corresponde y sirve, y las ofensas que le hace.

Los que miran al prójimo son:

El 1.º Tener cuenta con los que son buenos y virtuosos, y se precian de ser buenos cristianos para imitarles, aprovecharse de su ejemplo y procurar juntarse con ellos, para conseguirlo y ser mejor. Y también se tendrá cuenta con los malos y perversos, para apartarse de sus malos tratos y conversaciones y rogar a Dios por ellos.

El 2.º Tener cuenta con los necesitados, especial-

mente con los que tienen presentes y cercanos para socorrerles, así en las necesidades del cuerpo como del alma, según su posibilidad, y si no se puede con obra, con buenos deseos, rogando a Dios por ellos.

El 3.º Tener cuenta con todos en general, para no ofenderles injustamente, ni escandalizarles; antes bien, edificarles con su buen ejemplo, según la vocación y estado en que Dios le puso.

Los tres que miran a Dios son:

El 1.º Pensar en los beneficios que cada día recibe de Dios; especialmente, en los de la creación y conservación; y sobre todo en el estimable de la Redención; no tibiamente, sino recogiéndose para considerar parte por parte y desmenuzadamente todo lo dicho; hasta despertar si pudiere el amor de Dios en sí. Y juntamente pensará en la gran paciencia que Dios tiene en sufrirle, pecando tantas veces y esperando el Señor que haga penitencia.

El 2.º Considerar la gloria que ha de dar Dios a sus escogidos, que excede a todo humano pensamiento.

El 3.º Considerar las penas infernales, que tiene Dios aparejadas, para siempre, para todos los incrédulos y malos.

Soli Deo honor et gloria.

IMPRESO EN LOS TALLERES
SAEZ - VALENCIA
COTANDA, 4

PRECIO 2 PTAS.